

SURCOS

(PABLO ANDRÉS ESCAPA)

«La herida no tiene remedio».

En la duermevela volvían las palabras a ofender la memoria de Samuel, como una letanía de fatalidad. Y como él se quedara pasmado por la noticia, confundido ante el riesgo de perder aquel animal casi tan viejo como su arado, que es como decir tan viejo como el alma de quien vive de hacerle surcos a la tierra, la voz que había sembrado la calamidad volvía más piadosamente para reconciliarse con la desgracia: «consuélate pensando que tuviste un buey hermoso muchos años».

Samuel no se lo explicaba. Cómo aquel corte tan pequeño con una teja podía acabar con la vida de quien era capaz de arrastrar el mundo tras su paso. Un trozo de teja antigua pisada al azar, abriendo la tierra. Pero lo cierto es que de nada habían servido los emplastos de mostaza, ni el saúco, ni la ceniza del sarmiento derramada sobre una llaga siempre atenta a resucitar. El buey se dejaba hacer, paciente en la desgracia y manso en la rebelión contra una nube de moscas que se cebaban en la herida. Samuel recordaba el latido de aquel asedio minúsculo y bullicioso: febriles sobre la costra renovada de cada cura, las moscas le parecían clavos azules hurgando en el dolor. El único consuelo, ya se lo habían dicho, era hacer memoria de los trabajos y los días compartidos con un animal tan hermoso: el sudor derramado en compañía y la fiesta de la charca al oscurecer, el alivio del agua y el dulzor de los higos abiertos al amparo de los cedros, el blandísimo recostadero de aquel buey sobre cuyo vientre apoyaba él la cabeza para celebrar el fin de las fatigas, el viñedo sobre el mar lejano, admirado en la culminación de la cuesta, el remate de otra jornada de sol levantado y puesto entre los cuernos rectores de aquel animal que lo llevaba a él igual que al astro, como a una caricia sin peso sobre la reja del arado. Grave en medio del campo, gobernado por su mano, el buey replegaba todo el paisaje tras su lentitud. Y bastaba una voz para abrir surcos que parecían arrastrar a la creación con sus nubes y sus mares y sus caminos y sus árboles de pájaros. ¿No iba a tener remedio aquella herida tan pequeña en quien tanto podía?

Samuel volvía a cerrar los ojos. Entonces, en una tregua de presentimientos sombríos, se hacía más notable la ventura de la brasa en el hogar templando el hielo de la noche. Pero también aquel alivio acababa enfrentándolo al buey: la lumbre respiraba un olor dulce de boñiga y pajas que ponía bajo las estrellas un humo blanco, acaso anuncio de un sacrificio forzoso. Pero no quería pensar eso. ¿Cómo iba él a desprenderse de un animal al que debía hasta el alma de las llamas? Y vuelta a la esperanza que aplazaba la hoja del cuchillo hendiendo un corazón más grande que la tierra. De peores males había visto salir a su buey, sin ir más lejos la última otoñada, cuando la fiebre lo dejó postrado en el establo. Aun enfermo, su respiración de coloso llenaba el espacio como una incontenible reclamación a la vida. Tres días con sus noches se agitó el buey en aquella hondura que su sola presencia lograba entibiar. De madrugada, Samuel entraba despacio y le ponía una mano temblorosa sobre la testuz abatida. Entonces le inundaba un ardor que casi dolía en cada poro. Retiraba la palma y el animal sacudía la cabeza bruscamente, como reclamando la prolongación de la caricia. Samuel volvía así a poner su mano sobre aquella frente en la que ardían dos brasas torturadas en busca de consuelo. Y la dejaba allí, muy abierta, como si el contacto de los dedos bastase a distraer los caminos del dolor por muchos rumbos que fueran a perderlo en todas

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

direcciones. Así había dominado la fiebre, a fuerza de trato y también de parlamentos mimosos afianzados en la penumbra del establo. Hubo, por fin, una mañana en la que al contacto de la mano, aquel animal se alzó con el sueño parsimonioso del que solo los bueyes saben despertar. Y volvió al oficio de la luz, a la costumbre del cencerro y el varal de olivo, al grito del hombre y al agua derramada de las norias. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Mas lo cierto es que la pata estaba muy hinchada y el buey ya no podía andar. Viéndolo tumbado en el establo, hundido por un peso de siglos del que solo despuntaran dos cuernos torcidos, parecía una criatura nacida para soportar una tristeza incalculable.

Samuel se agitaba en su lecho. Si se lo proponía, era capaz de oír la respiración del buey y hasta de sentir como propio aquel reguero de dolor que había brotado de la tierra para dejar una herida ardiente en su animal. El tormento parecía haberse contagiado a la noche. El horizonte ocultaba una agitación de llamas que ponía un raro incendio entre las nubes. Era posible ver la luz desde la cama y a Samuel le pareció que el cielo replicaba sobre su llanura sin fondo la llaga abierta que padecía el buey. No era delirio aquella impresión. Vio Samuel a la mujer que yacía a su lado y cómo se incorporaba ella para que en sus ojos brillara también el mismo resplandor que rasgaba el cielo.

Bajó Samuel inquieto a la cuadra, a ver al animal. Y no tardaron en llegar desde allí abajo las alarmas, que fueron precipitándose a la casa. Entraba él agitado, casi torpe en el avance con la vela apagada por la carrera, pero seguro en el anuncio: el buey no estaba. La única huella de su presencia era el jirón de tela con que él había cubierto la herida. Se vistió de prisa y sembrando palabras atropelladas que no acertaban a explicarse la ausencia del animal. De pronto habló con ira de envidias observadas y de sospechas que pintaban a vecinos demasiado amigos de lo ajeno. ¿No habían sido precisamente Efraín y su suegro Zacarías quienes sentenciaron al buey cuando aún se tenía cojeando? ¿Sería posible que cuando lo dijeron pensarán ya en robárselo? ¿Se creían que con decir que aquel corte era mortal iba él a sentir menos la falta del buey antes de tiempo? De pie, junto al lecho, la mujer ponía la cordura que le faltaba a Samuel en aquella angustia. ¿Quién se iba a llevar un animal que no era capaz de levantarse? ¿Y dónde ocultarlo, como si fuera un ratón o un puñado de grano que se pierde por una rendija? Pero Samuel no atendía. Corrió a despertar al hijo para que le ayudara en la búsqueda: unos ojos jóvenes verían mejor los rastros en la oscuridad. «Sobre todo si son más inocentes que los tuyos», oyó decir a aquella mujer que lo dejaba aventurarse en las intrigas de la noche sin una bendición siquiera.

El hijo de Samuel forzaba el paso tras su padre. No entendía qué debía reconocer él sobre el polvo de los linderos, qué secretos había que leer en una pezuña marcada en una orilla, ni qué señales buscaba ansioso el hombre palpando la tierra, oliéndola en la mano y escrutando las alturas. Iba el padre de mal humor, apretando el dogal entre los puños mientras respiraba maldiciones contra su suerte. De vez en cuando volvía la cabeza para reñir al niño que lo seguía con sueño. Dominado por urgencias que le llevaban a hablar solo y a dar órdenes confusas, lo empujó más de una vez, hasta que al muchacho se le saltaron las lágrimas. El hombre se detuvo entonces, con fiebre en la mirada, para gritarle al niño que regresara con su madre.

Pronto se olvidaron los pasos de reconocer señales seguras y ya se gobernaban por sospechas. La casa de Efraín, en la distancia que revelaban confusamente las estrellas, parecía tener la puerta del patio sin cerrar, como si aquel margen de sombra más oscura

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

que la noche fuera una confirmación del recelo y la extrañeza. Corría Samuel a escrutar las honduras que debían ocultar al buey robado cuando el propio Efraín, surgido de otra sombra, tropezó con él. Ni siquiera le dio tiempo a Samuel a decir una palabra porque todas eran del aparecido, que hablaba lleno de sofoco. ¿Iba también él a ver aquel fuego que llenaba la noche? ¿También a él le habían despertado voces que anunciaban una centella nunca vista, más allá de las majadas? ¿Cómo es que llevaba él contrario el rumbo? ¿No veía lo que enseñaba el cielo a sus espaldas? Samuel se volvió y de nuevo recuperaron los ojos el desgarro del firmamento, que era ya un surco de fulgores amarillos, una siembra de luces que partía la noche en dos mitades. Pensó en un soberbio arado celestial que rompía el cielo por sus lindes. Efraín no podía estarse quieto bajo aquel fulgor que quemaba la noche. Tuvo que apartar a Samuel para abrirse paso, que todo eran estorbos de aquel hombre que le cerraba el camino empeñado en malicias y preguntas. Qué buey podía haber visto él cruzando el campo si no había ojos que atendieran a otra cosa que al misterio de aquel cielo. Era como si un ángel hubiera pasado con la espada en alto, cuidando de dejar obra luminosa por la punta. Y no había más que ver aquella noche.

Se perdió Efraín corriendo fuera del camino y verlo alejarse así, entre gritos alborozados, apartando ramas y escobas invisibles, como un loco que braceara en medio de la noche, hacía mayor el aturdimiento de Samuel, inmóvil bajo las estrellas. Notó entonces que le tiraban de la manga y reconoció al hijo, callado junto a él. El niño buscaba la mano de su padre y miraba al horizonte. Recortados contra el cielo, corrían otros hombres en un mismo extravío que abandonaba voces y balidos a la hoguera de la noche.

También Samuel y su hijo acabaron bajo el fulgor que gobernaba todos los rumbos, cielo adelante. Seguía el hombre el surco abierto en las alturas para orientar sus pasos, como había hecho siempre bajo el sol que su buey llevaba entre los cuernos. Y dieron así con el día, porque mañana recién hecha les pareció la luz que hería una ruina mal acomodada de adobe, cubierta por un tinglado de palos torcidos. Bajo tan pobre amparo morían las ansiedades de la noche, que allí se respiraba una paz nueva de pasos por fin colmados y de resplandores en los ojos. Y tanto era el inexplicable júbilo y tan secreto, que las rodillas buscaban la tierra para serenarse y las cabezas se inclinaban para recoger aquel misterio de un hombre, una mujer y un niño que dormía entre los dos poniendo un sueño leve sobre las vueltas que daba el mundo.

Samuel se había quedado inmóvil, como los demás congregados que venían a prolongar el sosiego de una noche nueva, sumida en oficios de contemplar y en honras de silencio. Y perdido estaba en aquel recreo que le había descuidado de todo cuanto no fuera admirarse viendo cómo dormía un niño, cuando un sobresalto le hizo despertar: su hijo saltaba sobre el recién nacido para ir a abrazarse a un buey. No podía el niño callar la alegría del hallazgo y Samuel contemplaba incrédulo al animal, de pronto inmenso en aquel espacio tan pequeño. ¿Cómo no lo había visto antes? Vacilaba en levantarse para apreciar de cerca los signos del prodigio, el milagro de la herida ausente, cuya huella aún creía ver y la tibieza inconfundible de aquel aliento que le alcanzaba en la distancia. Pero solo acertaba a tender la mano, incapaz de sujetar el bullicio infantil en recinto tan respetuoso con aquella familia que parecía sagrado.

La alegría del hijo acariciando al buey lo llenaba todo, como antes lo hiciera el sueño del recién nacido. Temía Samuel que tanto alboroto acabara con aquella siesta tan frágil

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 68 (septiembre-diciembre, 2012)

entre pajas, pero también a él le costaba contener el júbilo. En la contemplación del muchacho abrazado al animal, reconocía Samuel una ventura casi olvidada que tenía por centro aquellos mismos ojos infantiles columpiándose en la cara, la gloria de su hijo cuando, de muy niño, lo subía él sobre los hombros del buey para que viajara agarrado a los cuernos como quien se asoma a un balcón sobre el inmenso campo. Fue entonces cuando se hicieron ciertos los temores. Un llanto limpio rompió la helada como se rasga un paño. Era aquel niño apenas parido quien lloraba. Y lo hacía con tales ganas que sus lágrimas ahogaban la llama de los astros, porque todos vieron cómo crecían el frío y la tiniebla.

Lloraba el niño y no bastaban los brazos de su madre a calmar el desconsuelo. Pero ya Samuel se había puesto en pie para entrar con mucha resolución en la ruina de adobe. Miró a aquella señora que acunaba al niño y alguna confianza debió de notar en los ojos maternales porque se atrevió a pedirle el manto. Samuel se sacó el dogal de la cintura y de espaldas a todas las miradas, se arrodilló junto al buey. El padre del recién nacido le veía hacer y atendía con respeto a una labor que no ofrecía vacilaciones. Se volvió Samuel despacio y se inclinó ante la mujer que abrazaba al niño. Tembloroso, tendió él los brazos.

—Señora, hágame la merced.

Samuel recogió al niño como quien recibe un tesoro y lo abriga contra el pecho, empeñado en protegerlo. Volvió a acercarse al buey y le acarició la frente antes de dejar a aquella criatura envuelta en un amparo tan acogedor que cesaron los llantos. Se apartó Samuel para que todos pudieran ver su obra: entre los cuernos del buey había atado el manto y con un oficio primoroso, que acaso creía ya perdido, había dejado al niño en aquel regazo aéreo que meció suavemente con la mano. El recién nacido dormía ahora sobre un cándido trono de mansedumbre que sabía soportar sin impacencias la gravedad de aquel sueño.

El hijo de Samuel miraba embobado el columpio salido de las manos de su padre. Parecía que los cuernos del buey hubieran ganado en rectitud, como dos surcos iguales que buscaran el cielo por las puntas. Se puso Samuel en pie y descansando una mano sobre el hombro del muchacho, que ya le llegaba al pecho, habló para la mujer que le había dado el manto llena de confianza.

—Así se dormía el mío, señora. Y mire ya dónde me llega.